

diada por los ángeles, prefigurada por los padres, prometida por los profetas (1); y ponían en Ella su amorosa mirada, como en el medio, en el arca de Dios, en la causa de las cosas: y la tenían como la alegría de los ángeles, la gracia de los justos, el perdón de los pecadores, el asunto de todos los siglos, la que engendraría para todas las generaciones la vida y la gloria (2). Con razón la saludaban con bellísimas y dulces palabras, y su corazón se abrasaba de amor y cerraban sus ojos en la paz del Señor, que les dió esperanza tan santa y hermosa (3).

§ II.

Vino al mundo la Madre de Dios, y todo el mundo rindióse á sus piés; su esperanza adquirió nuevo brillo. En efecto, antes no latía el corazón de esa Niña, que sólo estaba en la mente de Dios; mas apenas recibió la existencia y ya amaba con inmensa ternura á los hombres, y al sentirla los hombres hicieron todos los esfuerzos de su amor, colocando en Ella su esperanza: desde niños la llaman su madre; desde niños adornan su altar y vuelven sus ojos á Ella y le piden amparo y consuelo; si es que lloran, sus lágrimas riegan el pié

(1) D. Bern., Hom. II, sup. Missus.

(2) D. Bern., Serm. II, in Pent.

(3) Ps. IV, 9, 10.

de su trono; si acaso cantaren, sus labios gozosos pronuncian su nombre; si caminan después en la vida sobre sendas cubiertas de flores, las van á su paso arrancando y las presentan á Aquella á quien llaman la mística rosa de Dios; mas si tienen que andar sobre duros y tristes caminos, ofrecen entonces su llanto á la Niña que vino á este mundo y pasó la existencia cual purísimo lirio entre espinas; los dolores los hacen gemir, las tinieblas los cubren de noche, los fatiga y los cansa el trabajo, la pobreza los hace sufrir, y los años, al sepulcro los van acercando; la tristeza, el disgusto, el fastidio, como nubes siniestras los cubren, y se sienten sin fuerza, abatidos; sin embargo, en sus grandes dolores, en los riesgos que corre su vida, cuando cae el sudor de su frente, al cercarlos las sombras funestas, ellos vuelven su vista á María y la invocan, la alaban, la piden socorro; y la luz, el alivio, la paz, la esperanza, descienden del cielo. Aunque se hallen á orillas del triste sepulcro, exclaman con fe y esperanza: «Si me diere la muerte, Ella siempre es mi hermosa esperanza» (1).

Contemplemos ahora esos arranques de amor que han salido como abrasadas saetas del corazón de los santos, y se han elevado al de María, cuando la han considerado como la esperanza de su vida y salvación.

Cuando meditamos el gran misterio de la Encarnación del Hijo del Eterno, y vemos que Dios mismo se detiene delante de esa humilde doncellita que muy pronto será su madre, quedamos

(1) Job, XIII, 15.

penetrados de profunda admiración, y no sabemos cómo explicar la adorable conducta del Señor; ¡esperar una palabra de los labios de esa Niña; poner en sus purísimas manos los destinos de los hombres, y, por decirlo así, depender en los más grandes y amorosos designios de su misericordia, el Rey de los siglos, inmortal é invisible, del sí de esa Virgen inocente que arrebató sus miradas! Una palabra nos descubre el gran misterio y derrama en el alma torrentes de hermosa y apacible luz: Dios quiso que María fuese el principio de todos nuestros bienes (1). Nada más justo ni más bello; ¿cómo no ser conveniente que derramase sobre el mundo, la esperanza y la vida, y descendiera sobre nuestras cabezas cual lluvia de oro toda suerte de bendiciones por las manos de Aquella, que al ser la madre del Señor, ceñiría la frente de su Hijo con corona de piedad eterna? (2). El Padre corona á su Divino Hijo de inmortal gloria; su Madre no tiene sino un corazón lleno de amor, dulces y tiernísimos afectos que sin cesar derrama en torno de Él; y nadie sino Él mismo comprenderá la inmensidad de su cariño.

María es el principio de todos nuestros bienes; y por esto, si levantamos nuestros deseos al cielo, si queremos marchar á la tierra de los vivientes, es necesario que nos lleve y por Ella entremos como los hijos de Jacob, que, salidos del Egipto, pasaron el desierto y llegaron al Jordán, cuyas aguas les dieron paso libre cuando hubo entrado

(1) D. Iren., l. 3, cont., Valent. c. 33.

(2) D. Amb. de inst., Virg., c. XVI.

en ellas el arca del Señor, figura de María, que nos franquea también las puertas de la gloria, y que, llena de las gracias del espíritu divino, las derrama sobre nosotros mejor que el Jordán, que, saliendo de madre en tiempo de siega, inunda los valles con sus aguas (1).

Sigue el cristiano hacia su patria, el cielo, por dilatada y escabrosa senda; cien veces tiene que exclamar con el profeta: «¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro!» (2). ¿Queremos, sin embargo, que marche con alegre esfuerzo? Pongamos en sus manos el báculo de todo peregrino, la esperanza que le anuncie y pronostique el término feliz de su carrera; quitadle la esperanza y le pondréis pesados grillos que no le permitan dar un paso (3). Comprende esta esperanza la ofrenda, el ruego y el perdón: que Dios perdone nuestras faltas, escuche nuestros ruegos y reciba con agrado las ofrendas que llevamos á su altar, y todo esto alcanza al hombre aquella incomparable Virgen que es la única esperanza de los pecadores (4); porque Ella reparó los males de Eva, trajo la redención al hombre perdido y dió al mundo la salud (5); porque en Ella hizo el Señor grandes cosas y le dió todo poder en el cielo y la tierra; nada le es imposible, pudiendo, por lo mismo, volver á la esperanza de la gloria aun á los

(1) D. Hieron. Ep. ad Fabiol.

(2) Ps. CXIX, 5.

(3) D. Aug., Serm. de verb., apost., 81.

(4) D. Aug., Serm. 18, de Sanct.

(5) Idem, Serm., 35 de Sanct.

que la han perdido, porque ¿cómo resistir la omnipotencia del Señor, las plegarias de María, cuando Ella le dió su inmaculada carne? María, por tanto, se acerca al altar de oro de la divina reconciliación, como quien manda y no ruega, como Señora y no esclava (1).

Fijemos todavía nuestras miradas en esa Niña incomparable, esperanza del mundo, expiación de Adán, solución del delito de Eva, ofrenda purísima de Abel, esperanza de Enos, senda gloriosa de Enoc, arca de Noé, esplendor del trono y sacerdocio de Melquisedec, fe de Abrahám, sacrificio de Isaac, escala de Jacob, libro de Moisés, vara de Aarón, hija de David, vestida de fragante y riquísimo ropaje, puerta de Ezequiel, vara de Isaías, monte de Daniel. Esto es María; y nosotros, pueblo de Dios é hijos de la celestial paloma que forma las delicias del Padre, que es la habitación del Hijo, la morada augusta del Espíritu Santo; más brillante que el sol, más pura y apacible que la luna, á cuya luz palidece el resplandor de las estrellas; nube ligera que derrama la lluvia de los cielos; aura embalsamada del paraíso de Dios, que purifica el mundo; anuncio de los profetas; voz de los apóstoles; confesión de los mártires; predicación de los patriarcas; y el más bello ornato de todos los santos: causa de la salud de los hombres, reina de la paz, medianera de todos los mortales, reparación del mundo entero (2).

Contemplemos ese ameno paraíso de Dios, que

(1) D. Pet., Dam. Serm. 1, de Nat. Virg.

(2) D. Tharas. De present. Deip.

produce el oloroso lirio y la rosa inmarcesible para salud de los mortales; donde florece el árbol de la vida, que da la inmortalidad y la gloria. Ese brillante y hermosísimo palacio del gran Rey, adornado por la magnificencia del Señor; palacio que recibe á todos y los embriaga en místicas delicias, donde se halla el tálamo del celestial Esposo, en que el Verbo de Dios tomó la naturaleza humana para reconciliar á los hombres con el cielo; palacio que es trono de Dios, casa de gloria, maravilla divina, precioso regalo, propiciatorio del mundo, cielo que canta la gloria de Dios, urna de oro llena de maná para endulzar nuestras almas, tierra vírgen, floreciente vid, fuente de vida, tesoro de inocencia (1) donde Dios puso todo el precio de la redención del mundo, la plenitud de todo bien, del que nos viene toda esperanza, toda gracia, toda virtud; escala de los pecadores, razón de toda esperanza, porque Ella, en medio del temor nos consuela, excita nuestra fe, fortalece la esperanza, anima al que desconfía, alienta á los cobardes (2); su protección será sobre toda gloria; su tabernáculo nos servirá de sombra contra el calor del día, y de refugio y seguridad contra el torbellino y la lluvia. Ella es, en efecto, custodia de los justos, amparo de los pecadores en las tempestades y la lluvia, en la peste y las adversidades, en la guerra y en el hambre, en la amargura y las tribulaciones, es nuestra protección y refugio, el único remedio, el

(1) D. Germán. In present. Deip.

(2) Bern., Serm., de aquæ duct.

socorro, el asilo de los hombres. Como los polluelos de la gallina corren á ocultarse bajo sus alas cuando el gavilán se cierne amenazante sobre ellos, así nos escondemos bajo las alas de María: no conocemos otro refugio; porque Ella sola es nuestra única esperanza en que fiamos; la sola patrona á quien alzamos nuestros ojos (1).

¿Por qué, pues, no cantar á la más bella esperanza de los hombres? En Ti ¡oh Señora! esperé; no seré confundido eternamente. Recíbeme en tu gracia. Tú eres mi fortaleza y refugio, mi consuelo y protección. Á Ti clamé en mi tribulación y me escuchaste desde la cumbre de los collados, eternos Tú me librarás del lazo que mis enemigos me han tendido, porque eres mi protectora (2). Ni puedo temer que me deseches cuando pongo en Ti mi esperanza; sería ofender tu misericordioso corazón, desconfiar de mi remedio; ese corazón que va buscando miserables para darles auxilio y consuelo (3): porque Tú eres la princesa celestial, que cubres á tus hijos con las alas de tu misericordia; la abogada más poderosa de los pecadores, puerto seguro de los que naufragan, consuelo de la tierra, rescate del cautivo, salud del enfermo, consuelo del triste, refugio del mundo, alivio en las penas, luz del alma, fortaleza en los desmayos, tesoro en la pobreza, consuelo en el llanto, amadísima del Señor, amante de los hombres, fuente

(1) D. Thom de Villanov., Conc. Sup. verb. Ab æterno ordin.

(2) D. Bonav., Ps. xxx.

(3) S. Alfon., Glorias, c. 3 al fin.

de aguas vivas que fertiliza toda la tierra, tesoro de Dios, tesorera de todas sus misericordias; dulzura de la vida, reina ante quien se inclinan las generaciones y se rinde el mundo; á cuya presencia derrámase la luz, huyen las tinieblas, ábrese las puertas del cielo (1).

Hé aquí, entre mil, algunos testimonios de los más ilustres hijos de la Iglesia, que nos declaran cómo la Inmaculada María ha sido la esperanza del pueblo cristiano. Esto lo dice también la misma Reina y Señora, con su amorosa conducta para con el mundo: ¿quién ha contado, ó conoce á lo menos, las veces que descendiendo de los regios alcázares del cielo, ha visitado nuestra triste mansión trayendo consigo la luz y el consuelo, la esperanza y la vida? ¿Cuál fuera el año ó el lugar desgraciado que no haya sentido su misericordia?

Sólo señalamos tres puntos luminosos en el curso de los siglos cristianos. En la noche feliz del 16 de Julio de 1251, el gran Simón Stock la invocaba con estas amorosas palabras: «Flor del Carmelo, vid floreciente, esplendor del cielo, Virgen Madre, suavísima Señora»; y María se le dejó ver, acompañada de innumerables ángeles, y le dió un signo de salvación: el santo escapulario. La misma purísima Virgen habíase presentado también, llena de hermosura y gracia, á su hijo Nolasco, descubriéndole los deseos de su compasivo corazón por la libertad de los cautivos.

Hubo un día dichoso para la hermosa Méjico,

(1) Idem, Visitas.

el 12 de Diciembre de 1531, en que María, bajando de los cielos, puso sus virginales plantas en el Tepeyac, y nos dejó su encantadora imagen, y nos dijo que allí se mostraría como tiernísima madre con nosotros.

Después de esto, ¿cómo pudiera el mundo no poner en Ella su esperanza? Por lo mismo, cuando sus crímenes hacen casi rebosar el cáliz del furor divino, y ruge ya en el cielo la negra tempestad, el mundo corre á valerse de María, le dirige sus miradas suplicantes, y una y otra vez le ruega que abogue por su causa. María se acerca al trono del Señor: ¿qué hemos dicho? ¿Acercarse á Dios la que le es tan íntima, tan próxima, la que le está adherida con estrechísimo vínculo de amor, unida con lazo de inefable caridad, la que fué elegida, tomada y llamada por Dios? (1). María, que se halla á la diestra de su Hijo, toma una gota de su leche virginal y la pone en aquel cáliz de la ira del Señor, y la ira del Señor se aplaca; y sobre el mundo se derraman, en lugar de castigos, bendiciones; y María también disipa las siniestras nubes y pinta con bellísimos colores en la bóveda del cielo el iris de la esperanza y de la paz; y después de la tempestad, nos da bonanza, y tras de las lágrimas y suspiros derrama el júbilo (2).

Nosotros mismos ¿no pudiéramos decir: es María nuestra esperanza? Cuando delante del Señor pensamos llorando nuestros pecados, sentimos oprimido el corazón, y entre amargos suspiros

(1) D. Ildéf., De Virg. B. M.

(2) Job, III, 22.

recordamos que si apenas el justo se salvará, ¿á dónde irán el impío y el pecador? (1). Un frío de muerte circula por las venas, y la negra desesperación con sus horrores descubre en el fondo de nuestra alma su fatídico semblante; turbados, confusos, llenos de terror y espanto, vamos descendiendo al fondo del abismo (2). Con todo, ¡qué felicidad, si en medio de tanta desventura alzamos nuestros ojos á María! La argentada y apacible luz de esa estrella que calma los revueltos mares, disipará las tinieblas que nos cercan, volviendo la esperanza al corazón. No hay males para Ella sin remedio, ni miserias de que no se compadezca. Ella, antes que nosotros, anduvo todos los caminos del dolor, y en todos ellos, para prepararnos el consuelo, derramó su amargo llanto, y á la hora del sufrimiento, se halla á nuestro lado; entonces escuchamos una voz suave y amorosa que nos dice: «Has esperado en mí, yo te libraré; yo te daré mi protección. Clamaste á mí, yo te escucharé benigna. Contigo estoy en la tribulación; te pondré en salvo, y llenaré de gloria» (3).

Llénase de ternura el corazón al recordar nuestra experiencia. ¡Oh, cuánto debemos á esta buena y tierna Madre! Cuando marchamos por las sendas del Señor, las cubre con las bellísimas flores del consuelo, y respiramos la brisa perfumada de su incomparable y celestial cariño; si desgracia-

(1) 1 Pet., IV, 18.

(2) D. Berm. Hom., II, sup. Missus.

(3) Ps. XC, 14, 15.

damente vamos extraviados, Ella es quien nos llama á penitencia, y nos dice: «Yo, yo soy quien os ha hablado, yo quien os ha llamado, quien os guía y allana el camino. Acercaos á mí y escuchad. ¡Ojalá hubierais atendido á mis mandamientos! Hubiera sido vuestra paz como un río y vuestra justicia como los abismos del mar. Salid de Babilonia, huid de los caldeos» (1).

María se nos descubre, ó bien como una Reina de misericordia que emplea la omnipotencia de sus plegarias en hacernos bien, y extiende sobre nosotros, y nos cubre con su regio manto para librnos de funestísimas desgracias, ó como una madre que lleva en su alma un tesoro inmenso de ternura y compasión, que siempre á sus hijos recibe con bondad y los pone á la sombra de su amparo, cuyo corazón palpita por ellos sin descanso y tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres.

¡Oh María! Consuelo del mundo, esperanza del mortal, ¿dónde están nuestras miserias y dolores cuando en Ti pensamos? ¿Dónde la amarga soledad en que llorábamos? Estás al lado del que sufre, endulzas su amargura, le brindas el consuelo y le das resignación: ¿quién puede desconfiar de su remedio teniéndote consigo? ¿Quién rehusará el cáliz que el Señor ponga en sus labios si Tú le animas á beberlo? Dulcísima Señora, Tú eres la esperanza más hermosa de mi vida; Tú mi fortaleza en el dolor; jamás desconfiaré, jamás sabré temblar; aunque los males caigan, cual horrible y

(1) Isa., XLVIII, 15, 20.

pesado turbión sobre mi frente, porque Tú estás conmigo y me darás la mano: ¡qué consuelo para un hijo! ¡qué esperanza para un pobre desgraciado! ¡qué encanto para quien os ama! Los ojos derraman lágrimas de amor y de ternura, se deshace el alma entera. Bendito mil veces el Señor que puso en Ti nuestra esperanza, y bendita Tú mil veces, que nunca desamparas á tus hijos. ¡Esperanza de los cristianos, ruega por nosotros!

CAPÍTULO II.

UNA FLOR QUE TRASCIENDE PUREZA.

§ I.

CUANDO los conquistadores pisaron por la vez primera el continente americano, quedaron sorprendidos al contemplar su encantadora belleza: una tierra virgen, vestida de variada y exuberante vegetación; sus elevadas y hermosísimas montañas cubiertas de nieve, sus bosques impenetrables, sus florecientes y tendidos valles, sus lagos cristalinos, la multitud incontable de sus canoras aves; su benigno clima, la riqueza fabulosa de sus minas, tejidas de veneros de oro y plata; su fresca y embalsamada brisa; su cielo hermoso «de purísimo azul como el zafiro».